

La prosopopeya como el nuevo método de la investigación histórica

Disfray y pluma de todos. Opinión pública y cultura política, siglos XVIII y XIX

FRANCISCO A. ORTEGA MARTÍNEZ
Y ALEXANDER CHAPARRO SILVA
(Editores)

Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas,
Universidad de Helsinki, colección
Lecturas CES, Bogotá, 2012, 580 págs.

DE LOS vacíos por cubrir, de los objetivos y alcances de esta obra colectiva hablan prologuistas y el autor del epílogo con hipérbole, amplitud y destreza. Y a lo mejor tengan razón en lo que dicen: que se trata de una novedad. Lo cierto es que escrita a tantas manos los resultados son irregulares y desequilibrados, pues no solo el recorrido de los autores es dispar, sino que también los textos son (no todos) adecuaciones forzadas de investigaciones mayores. Se trata de un libro de investigadores nacionales y latinoamericanos (con sensibles ausencias, México, por ejemplo). Los textos externos tienen mucho más trabajo y están mucho mejor elaborados que los nacionales. Poseen menos carga teórica, acuden a la comparación suramericana y su lectura es mucho más refrescante y apacible. Los nacionales no comparan, son localistas, teoricistas; sus textos, salvo el de Loaiza, dejan en punta sus cometidos. Entre los autores locales existen hilos conductores que hacen que el libro gire en torno a una mutua concepción del mundo, a una manera en particular de escribir historia: más que el proceso histórico como eje del acontecer, lo que le interesa a los autores es el caminar del concepto, es forzarlo para convertirlo en fuerza motriz de ella. Y lo que se logra del uso del concepto no pasa de ser una caricatura.

En el primer capítulo del libro, los autores hacen una interesante excursión por la historia de la imprenta, su llegada a América, su función y el apareamiento de los primeros órganos de publicidad en la Nueva Granada, por allá en 1785. Nos hacen

caer en la cuenta de lo nuevo que era el género periodístico para los tiempos de los comienzos de la guerra de independencia: apenas quince años (a Venezuela llegó más tarde, por ejemplo). Los autores caracterizan los primeros pasos del primer periodismo novogranadino y definen sus funciones. Destacan en los nuevos órganos su preocupación por lo local. El afán de los autores por comprender lo local los hace a ellos localistas en extremo. Atribuyen a los editores de los periódicos un localismo que les obliga a neutralizar las fuentes externas donde bebían los periodistas de entonces. Solo la censura que termina con esta primera experiencia periodística les hace evocar el evitado significativo: Revolución francesa. En cambio, en su identificación de la siguiente etapa periodística, los autores reconocen, sin ambages, la influencia externa: Adam Smith, por ejemplo, para el caso del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada* fundado y dirigido por Caldas. Se trataba, pues, de un proceso de conformación de públicos, de públicos especializados, incluso. Lástima que para este efecto los autores no hayan tenido en cuenta la obra de un clásico como Gabriel Tarde y su concepción de la formación de públicos (G. Tarde, *La opinión y la multitud*, Taurus, Madrid, 1986). Los autores llevan de la mano a los lectores por las vicisitudes de las primeras etapas del periodismo colombiano, metiendo a todos los intelectuales de entonces en el amplio saco de opinión pública, que adquiere a lo largo de la narrativa las características de la prosopopeya. Es decir, hay un abuso de personificación: La opinión pública forma, fija, aparece, asume, puede, influye, deja, etc. Es ella y no los hombres, es ella y no el proceso histórico el motor de la historia. Pareciera que la historia intelectual consistiera en el estudio de sujetos y la historia cultural en la historia de sus objetos convertidos en sujetos.

Es interesante el replanteamiento de los problemas a partir de viejos significantes y del acoplamiento entre nosotros de los nuevos conceptos *inventados* por cultores de la historia cultural. Un reto al inevitable anacronismo del investigador social: *Publicidad y esfera pública*, por ejemplo. Hay

razones para creer que de *publicidad* provenga: *lo público, para el público*, dirigirse al público, *hacer públicas las cosas y el pensamiento, promover, difundir*, etc; todo lo relacionado con el ofrecimiento al juicio del público. *Publicidad y esfera pública*, metáforas arrebatadas a Habermas, son conceptos generalizadores muy sugestivos, pues evitarían supuestamente caminar por senderos estrechos. Muchas vueltas en vano las que hacen los inspiradores del libro para exorcizar el anacronismo, y para llegar a algo muy simple: que son otros, por lo regular gentes con poder, quienes diseñan, elaboran e imponen la opinión pública. En realidad, más que de *publicidad*, de lo que se hablaba antiguamente era de *publicística*, de *publicistas*, como lo reconocen Camilo Páez, Mayxué Ospina Posse y Tomás Straka en sus textos. Significantes hoy ásperamente resignificados. El intelectual por lo regular era un publicista, un hombre que escribía para influir en el público. Pero su rasgo principal era su crítica al poder establecido. Era la respuesta y la resistencia a la dominación, y sus alegatos se direccionaban a cambiar el orden de las cosas. Los autores del libro reseñado caen en el engaño del nominalismo, de seguirle los pasos a la manipulación no tanto de la opinión pública, sino también del propio significativo. Ocurre que para que ésta exista es necesario de dos partes, por lo menos. Los autores trabajan el emisor, pero nada o poco dicen del receptor y de los resultados de la emisión. El acto de habla del que tratan se reduce a la locución, y a la ilocución, por supuesto, pero nada terminamos sabiendo de la perlocución, de la opinión pública resultante y configurada. Para que podamos hablar de opinión pública se necesitaría de esas dos partes. Además, la presencia de otras corrientes formadoras de opinión pública apenas se menciona: los republicanos, entre otros. La notoria ausencia de la dialogicidad hace que los capítulos giren en torno de lo obvio: el uso y el abuso de la opinión pública por parte del poder, cualquiera que sea. La novedad prometida no aparece por ningún lado. A no ser la constatación de que la censura y el abuso del poder en materia de impresos es intemporal, traspasa los

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>márgenes del tiempo, es permanente, circular, tan vieja como la imprenta misma. Interesante y loable sí, que los autores en ejemplos históricos nos ayuden a recordar y constatar que la aspiración y realización del monopolio de la comunicación política no empezó con los sistemas totalitarios del siglo XX, y que para saberlo basta traer a la investigación una temática como el uso y el abuso de la prensa y del impreso por parte de los reconquistadores españoles. He ahí la utilidad de capítulos como el que escribe Alexander Chaparro Silva, más interesado en contarnos las cosas que lidiar con los forzados conceptos. Más expedita también la narrativa de Leidy Jazmín Torres en su artículo sobre “Libertad, prensa y opinión pública en la Gran Colombia 1810-1830”. El sintagma: <i>prensa y opinión pública</i> es ya un intento de superar la confusión teórica de los inspiradores directos del libro. Empero, su texto es el mejor ejemplo del valor de la prosopopeya como estandarte principal de la obra en reseña. No escapa a idéntica prisión el artículo de Nicolás González: “Nación, constitución y familia en <i>La Bandera Tricolor</i>, 1826-1827”. Se trata de la puesta por escrito de la <i>narrativa de la exposición</i>, simplemente el acto de organizar y de verter en el texto los planteamientos de los unos y de los otros. El autor se esfuma y el periódico <i>La Bandera Tricolor</i> adquiere los contornos de un personaje casi sin matices. La <i>agenciación</i> que se hace del periódico desvanece el papel de sus propios editores. Personificar el periódico significó obviar intereses, acercamientos y diferenciaciones. La esfera pública parece un campo de letrados en disputa por el modelo de desarrollo, pero sin ningún vínculo con las condiciones materiales de la sociedad de entonces. Su autor, al igual que los compiladores del libro, están desprovistos de cualquier interés sobre la materialidad del proceso histórico. Los protagonistas del artículo son seres gloriosos cuya única arma es la letra. La exposición que del proceso hace González sirve para comprender la naturaleza santanderista de la realidad que nos caracterizará. Es eso lo importante, que lo advierte el lector y no tanto el autor. Hacer parecer la nueva nación a una ya existente, civili-</p>	<p>zada, superior y digna de imitar.</p> <p>La narración <i>prosopopéyica</i> de los artículos desvanece el método historiográfico. No aparece por ningún lado, se le cree utilizado por las referencias a secas de algunos libros, pero no se le reconoce a la historiografía del periodo los mismos resultados que los autores suponen novedosos.</p> <p>Otro tono en la obra colectiva que se reseña distingue a los autores nacionales independientes de la tiranía conceptual de sus inspiradores. Trabajos concebidos en otros lugares y para fines más amplios como los de Gilberto Loaiza y Camilo Páez no solo complementan y fortalecen el extenso e intenso abanico de años y contenidos que cubre el libro, sino que también la conceptualización es mejor afrontada y se presenta menos agresiva y forzada. En el texto de Páez, “El artesano-publicista y la consolidación de la opinión pública en Bogotá 1854-1870”, vemos otra concepción de la opinión pública, más elaborada quizá por el avance del periodo y con él la posibilidad de fuentes más variopintas, sugestivas y a disposición. Un tratamiento de la opinión pública más en dependencia de los agentes reales y menos agenciada. Aquí la opinión pública no es el motor de la historia, sino la gente que la nutre y la configura. Y sobre todo tenemos la oportunidad de saber un poco de la recepción de los impresos. Estamos frente a una opinión pública de ida y vuelta: emisor y receptor; y en especial, se trata de una de las tantas opiniones públicas en disputa. Se advierte, sin embargo, la ausencia del otro o de los otros, los impresos adversos que constituyen la opinión pública en análisis. Lástima que el texto de Páez sea tan solo un abrebocas y que los problemas planteados se queden en punta. Se destaca por su versatilidad el escrito de Gilberto Loaiza, “<i>El Neogranadino</i>, 1848-1857: un periódico situado en el umbral”. El dominio de los hechos y su amplio conocimiento del periodo le permiten agilidad y solvencia. A diferencia de los otros autores nacionales compara y diferencia. Su teorización sustentada en el <i>embeleco</i> de las <i>sociabilidades</i> ni quita ni pone (<i>ascenso asociativo, reactivación del asociacionismo, estructuras asociativas, ciclo asociativo</i>). Aunque con sorpresa, se</p>	<p>advierte en todo el libro un silencio ante la masonería y su prensa, tan importantes para los hombres y para la sociedad del siglo XIX. Sonaba mejor <i>Las sociedades</i>, como se les conocía en la vieja historiografía. Pero Loaiza es más elegante en la narrativa, respeta el periodo histórico, aunque se sumerge, en un principio, en la <i>agenciación</i> del periódico que estudia. <i>El Neogranadino</i> es un personaje que jalona la historia, que actúa independientemente de sus titiriteros. Aquí no encontramos el forzado, acomodado y acuñado invento de <i>opinión pública</i>, sino el significante directo: <i>la prensa</i>. Solo más adelante el autor recobra el aliento y vuelve sobre lo humano, los nombres recuperan la presencia que el autor había desplazado para la cosa que al fin y al cabo es un periódico. Es un texto muy útil el de Loaiza; escrito al revés, quizá; pero lleno de información jerarquizada que da cuenta de los tiempos y de los detalles que permiten comprender la vida y la muerte, lo que fue primero y lo que fue después. De modo particular es interesante el potencial paradigmático que produce la información y las cápsulas que ofrece al lector. Ahora que el profesor Loaiza está libre de la coyunda de los títulos y de los reconocimientos, sería bueno que le diera la oportunidad a ese talento literario que tiene represado y largue para siempre la tiranía de los conceptos importados.</p> <p>No son novedosas las temáticas por formularse con un lenguaje de moda que no mejora ni avanza la investigación histórica simplemente por cobijarse bajo su manto. El abuso y el apego al giro lingüístico o al consciente método tropológico más que descubrir claves para la comprensión del pasado las encubre. Hablar de exceso de <i>sentido, pugnas de sentido, zona conflictiva del sentido</i> en nada mejora la interpretación de los procesos históricos sino que la reduce a la simpleza. Significantes como <i>campo de batalla, energía social, cuerpo político</i> por sí solos nada indican. Tampoco, reitero, mejoran los resultados por cambiarle el nombre a las cosas. Por ejemplo, un artículo escrito con método tradicional como “Lenguajes económicos y política económica en la prensa neogranadina” de John Jairo Cárdenas no trata de</p>

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>lenguajes económicos propiamente, pero al autor lo seduce más un título posmoderno que uno que corresponda con los contenidos reales del texto, impregnado, además, de un espíritu anacrónico. Prefiere hablar de pensadores económicos, como se hablaría hoy, y no del lugar de la economía en la época tratada.</p> <p>Con frescura y soltura, sin angustias teóricas y con preocupación comparativa los autores extranjeros nutren los contenidos de esta obra colectiva. Mariselle Meléndez escribió “La mujer y la prensa ilustrada en los periódicos suramericanos”. Destaca la presencia de las mujeres en <i>El Mercurio Peruano</i>, <i>Primicias de la Cultura de Quito</i> y <i>Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá</i>, e incluso <i>La Bagatela</i> de Antonio Nariño. A la autora le interesa escudriñar no solo el papel que para ellas tenían destinado los editores de estos órganos periodísticos, sino también su participación directa en ellos. Reconoce el esfuerzo que se hacía en aquella época por vincular la mujer a la producción económica y el lugar que se le asignaba para contribuir al mantenimiento y desarrollo de una sociedad conservadora. Es interesante el abordaje más positivo que neutral o negativo que hace la señora Mariselle sobre la situación y la representación de la mujer presentada en los periódicos estudiados. En una coyuntura atravesada por la influencia de la Ilustración los periódicos ofrecieron espacios para que la religión y sus instituciones fuesen defendidas por lectoras que las consideraban parte importante en la formación de la juventud y el nuevo establecimiento del orden y progreso. El artículo muestra que la mujer de finales del siglo XVIII latinoamericano no estuvo confinada ni marginada ni excluida, sino que por el contrario contribuyó con sus escritos y sus opiniones a configurar la opinión pública de entonces. De otro lado, María Elena Bedoya en su artículo “No dudo que este breve plan de literatura ilustrada os electrizará: primicias, lecturas y causa pública en Quito, 1790-1792”, nos reivindica con una página de la historia intelectual exquisita: el papel de la Iglesia y de sus intelectuales en la formación del ciudadano latinoamericano, ecuatoriano, en este caso. Los contenidos</p>	<p>que la autora trabaja y su manera de abordar los sujetos y los objetos, las fuentes y las teorías son ejemplares. Es una microhistoria intelectual desde la cual se plantean horizontes investigativos necesarios como el de la conjugación de ciencia y religión para el desarrollo mental y material de los pueblos. Buena lectura para un lector colombiano acostumbrado a concebir el papel de la Iglesia y de la religión en Colombia como un padecimiento cultural y social y como una tragedia intelectual. La autora intenta comprender el manejo de <i>la causa pública</i> en el periodo estudiado y encuentra que los intelectuales de la Iglesia que estudia coadyuvan a la configuración de un público laico, y de una sociedad más laicizada que sagrada. Bocado delicioso para penetrar en esta brecha que despeja la autora.</p> <p>Satisface al lector el aporte al conocimiento nuevo que le obliga a la comparación. Unos lugares donde la opinión pública que configura la prensa es más tardía. Una verdadera fiesta editorial, por ejemplo, se produce en Venezuela con el arribo de la imprenta y con el acontecimiento previo y posterior a la Primera república según nos lo relata Tomás Straka en su artículo “El nombre de las cosas. Prensa en tiempos de José Domingo Díaz, Venezuela, 1808-1822”. Fiesta al principio, claro. Política desde su nacimiento, la prensa venezolana será llevada a la guerra y allí la pondrán a desempeñar el triste papel de dinamitera. Straka narra este episodio sin ningún prejuicio, sin ocultar con eufemismos supuestamente teóricos una verdad de a puño que el mismo Bolívar reconocía: “Sobre todo mándeme Ud., de un modo u otro, la imprenta, que es tan útil como los pertrechos” [pág. 188]. De manera lamentable el artículo no es fiel a la promesa expresada en el título. Don José Domingo se diluye por completo.</p> <p>Completan el abanico de textos los artículos de Lina del Castillo y de Mayxué Ospina Posse. El trabajo “La cartografía impresa en la creación de la opinión pública en la época de Independencia” de la primera, es muy sugestivo y evocador para la metodología del Análisis Crítico del Discurso (ACD). La autora, salpicada por las sugerencias de B. Anderson,</p>	<p>nos introduce en la comprensión de los intereses implicados en la construcción de mapas geográficos. En torno a la elaboración, interpretación y circulación de los mapas, la autora nos cuenta de los porqués del trabajo historiográfico de José Manuel Restrepo y del sueño de Francisco Miranda sobre <i>un continente colombiano unificado</i>. Ospina Posse, a su vez, penetra en la Cartagena de 1821 a 1831 para demostrarnos el papel de la prensa y de la imprenta en la formación de la opinión pública de entonces. Se trata de un reconocimiento al periódico y al escritor público, universalmente hablando, como <i>astro luminoso</i> en la formación de las naciones. En esta dirección se abordan los periódicos locales de la época.</p> <p>Son estos los contenidos de la obra colectiva evaluada. Trazos que continúan un largo diálogo en el que participan de forma activa los culturólogos nacionales y extranjeros.</p> <p style="text-align: right;">César Augusto Ayala Diago Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia</p>